AÑO I SALTO ORIENTAL N. 5

REVISTA DEL SALTO

Semanario de Literatura y Ciencias Sociales

BIBLIOTECA NAC. MONTEVIDEO

Aparece los lunes, y cada cuatro números constituyen un mes de suscrición.

OFICINAS: DAYMÁN 121

Precios de la suscrición

Mes. .....$ 0.40
Tres meses.....« 1.10
Seis « .....« 2.00

SALTO, OCTUBRE 9 de 1899.

ASPECTOS DEL MODERNISMO

El pensamiento, á igual que el sentimiento, evoluciona con los tiempos y las èpocas. Bajo el imperio de un cerebro poderoso, pero desequilibrado, la idea deja de ser severa para ser brillante. Ilumina más de lo que enseña; deslumbra más de lo que ilumina. Llega coloreada à lo interno, pasando á través de la imaginación.

Las generaciones desarrolladas en ese medio, obran y reaccionan conforme á esa tendencia que el Genio imprime á un siglo entero.

En nuestras edades, el pensamiento bucea siempre, mina siempre la verdad; pero más à menudo vuela. Y esta repetida elevación de cabeza nos sume en constante vértigo. Acabamos por deslumbrarnos, prefiriendo un golpe de alas á un golpe de piqueta; la reverberación de una imagen á la serenidad de un aforismo.

Somos más artistas que pensadores; gustamos màs de un sofisma resplandeciente que de una verdad fríamente expuesta.

Nuestra imaginación hiperestesiada, incapaz á veces de absorber una sencilla sentencia, llega á la más grande exageración sensitiva, á las concepciones más simbolistas, delicuescentes, coloristas, decadentes - fiel resultado de una consunción nerviosa, irritada y pruritada á través de los siglos por el abuso que de nuestras emociones han hecho los genios artísticos; y, en los últimos tiempos, por una exagerada resurrección de aticismo.

Hemos degenerado en vigor, pero hemos sutilizado nuestra delicadeza. Preferimos los matices combinados y de efecto, al blanco, que ilumina plenamente.

Estamos gastados, pero á manera del diamante.

La imaginación es nuestra fuerza, y la quinta esencia, el motivo y fin de la literatura moderna.

La reflexión se esconde en un símbolo, como un poema en unos puntos suspensivos. Las metáforas claras y abiertas se resuelven en absurdos gramaticales, donde solamente nuestra inervación refinada puede hallar un extremecimiento estético.

La literatura no declina: evoluciona. Y evoluciona con nosotros, con nuestro modo de ver, de pensar y de sentir. Reprensible y bastarda en otras épocas, es lógica en nuestro tiempo. Es hija de nuestro siglo; y acusarla, es como acusar al lobo de que es hijo de lobo. No culpemos á nadie.

Literatura de los degenerados; éste es el justo nombre que se ha pretendido convertir en culpa.

¿Quién no ha perdido el equilibrio de sus facultades, quién crée conservar la pureza del tipo fisiológico?

El sentido común da paso al sentido refinado, que es el de los elegidos, de los que han abierto la carrera al Modernismo, y que pronto será el de la masa mediana por la precipitada extenuación de nuestro sistema nervioso.

HORACIO QUIROGA.

Salto, Octubre 2 de 1899.

ASOMBRADA!

—

La Balandra seguía su ruta tan arrimada á la costa, que la extremidad del botavara pasaba rozando las copas de los *amarillos* y *sarandíes*. La brisa fresca que nos había impulsado durante la mañana y el mediodía. había calmado casi por completo á estas horas en que el sol transponía ya el horizonte. Apenas algunas ráfagas tenues é intermitentes, semejantes á suspiros movían à *la mayor*, que no encontrando, sin embargo, resistencia, se volvía pausadamente hacia popa de manera que vista desde lejos debía parecer el batir del ala de un ave de lento y pesado vuelo

Todo calmaba y se atenuaba y se predisponía al reposo El ave piaba en la rama llamando tristemente; las garzas abandonaban sus puestos de centinelas á orilla del agua dirigiéndose al extremo de los bancos de arena ó á los vástagos del sauce seco donde pasan la noche y parejas de patos silvestres cruzaban con vuelo apresurado como temerosas de la proximidad de la noche en procura del nido oculto en la laguna sombría y solitaria.

Los movimientos y los sonidos se suavizaban, se hacían más tristes y monótonos á medida que la luz se extinguía. De cierto que á estas horas y en este clima la naturaleza se impregna de tan místico recogimiento que parece que entonara una plegaria.

Impresionado por tan solemne cuadro, contemplaba como las sombras de la orilla opuesta se recargaban y se extendían avanzando sobre el río, cuando llamó mi atención la silueta de un edificio que se levantaba sobre una enhiesta barranca. Fija en él la mirada, aunque las sombras ya lo envolvían todo, trastornando las proporciones y las líneas de los objetos, creí ver tambien algo blanco que se movía en la parte màs alta de aquella extraña forma Fué una impresión instantánea que desapareció rápidamente ante la densa oscuridad.

La noche había establecido definitivamente su dominio. La voz sonora del barquero mandó *echar fondo*, y al ruido seco del ancla al caer sobre el agua, siguió el arrastre prolongado de la cadena cuya sonoridad repercutió en todo el ámbito del Río. Luego reinó el silencio.

Preocupado con mi visión permanecí en cubierta, esperando un momento oportuno para interrogar al barquero.

Entretanto el oriente empezó á inundarse de un resplandor de incendio, precursor de la salida de la luna que no tardó en asomar sobre el horizonte. inmensa y rojiza. El campo, primeramente, que estaba convertido en una soledad oscura é impenetrable, comenzó á destacarse del fondo negro, envuelto en aquel color de llamas. Y luego los objetos fueron recuperando sus formas y la luz perdiendo el tinte rojo para adquirir el blanco suave y melancólico que caracteriza á la viajera de la noche.

Entonces pude ver claramente la extraña forma que tanto me interesaba, pues subiendo la luna á su espalda la destacó nitidamente sobre la barranca.

Parecía un castillo de corte antiguo, construído sobre macizos muros cayendo, el que me daba frente, perpendicularmente sobre las aguas. A la izquierda se extendía una terraza. Dos grandes aberturas que miraban al Río y por donde filtraban los pálidos rayos de la luna, hacían figurar un interior profusamente iluminado.

Absorto en esta contemplación, se me aproximó el barquero, á quién, señalándole la misteriosa escena, pergunté: ¿Qué es aquello?

Son ruinas, me contestó, que se distinguen con el nombre de «la casa asombrada».

—Y por que la llaman «asombrada»?

—Es historia triste y larga.

—Refiéramela Vd , le dije, que si bien es ya tarde mi curiosidad es tanta que no conciliaría el sueño sin satisfacerla.

Y el barquero dió principio al relato que transcribo enseguida, si no con sus propias palabras, al menos en sustancia y en cuanto me lo recuerda la imaginación.

II

La historia que voy á contarle dijo, la supe yo de mi padre y el ya la conocía por tradición. Se refiere, pues, á tiempos muy pasados.

Reinaba en España el tètrico Felipe II. En la expedición que organizara bajo el mando del duque de Alba, para someter los Países Bajos al imperio de su voluntad y de su religión, formaba un joven oficial que ostentaba el título nobiliario de Conde del Castillo. Ardiente, aventurero y fanático, no tardó en distinguirse, entre tanta fiera como constituian aquellos famosos *tercios*, por su fría crueldad y negra intransigencia.

Pero su mismo ardor le hacía accesible àpasiones profundas, y en virtud de esta debilidad, llegó á enamorarse ciegamente de una hermosa hija de aquel desgraciado pueblo. Contrajo matrimonio con ella, por deber religioso, y cuando el duque cansado de encender hogueras y de derramar sangre—dejó el mando del ejército de Flandes, él tambien le acompañó en su vuelta á España.

Allí se instaló en sus posesiones señoriales, no como el triunfador que después de buena lid vuelve orgulloso á su país natal, sino herido de extraña misantropía, como si algún remordimiento oculto le lacerase el corazón.

Al poco tiempo su joven y bella compañera abandonó prematuramente y de modo misterioso el mundo de los vivos, dejándole sin embargo una hija què era el trasunto fiel de su imagen y hermosura.

Fuera este luctuoso suceso, fueran tendencias atávicas de su naturaleza, lo cierto es que desde entonces el Conde del Castillo, á pesar de su relativa juventud se volvió más lúgubre y fanático que nunca. No cultivaba relación con persona alguna; no se imponía otros deberes que los religiosos no tenía otra preocupación que modelar el alma de su hija para prepararla á la vida de un convento. Alto, enjuto, calvo, de hábitos solitarios, siempre vestido de negro, era una figura tétrica que sus vasallos y el vulgo miraban hasta con superstición.

Pero, quién no ha tenido un amigo? Cuál es el alma tan desierta que en medio de su aridez no la anime siquiera sea un átomo de verdor y de frescura? Llegó, pues, el día en que un gentil hombre de avanzada edad golpeó á las macizas puertas del castillo; y con asombro de todos sus moradores, encontró franca y cordial hospitalidad.

Era el antiguo compañero del Conde; el camarada de las campañas de Flandes; el que podía hacer surjir, sin temores todo el pasado; el que podía hacer revivir la memoria de proezas de valor y de audacia emprendidas y realizadas por ambos; y el que podía, en fin, despertar sentimientos más tiernos, de esos que el alma nunca olvida por más sombras que la envuelvan. Fué aquello un rayo de luz que infundió por un momento calor y alegría á la lúgubre mansión del Conde del Castillo.

Pero el amigo no había llegado solo. Le acompañba una joven, rebosante de vida y de energía, de perfiles griegos, de mirada audaz, aunque de maneras suaves y aristocráticas. Su presencia despertaba en el Conde vagas inquietudes. Veía en èl la imagen de aquella

heroica juventud de los Países Bajos que él había contribuido á exterminar, y no podía sustraerse al temor de que la gallarda figura del joven huésped impresionara favorablemente á Leda.

La naturaleza habla y se revela y estalla por más que se la quiera violentar y reducir al silencio. Todos los esfuerzos de las monjas, estimulados por el fanatismo, la adulación y el oro, no fueron suficientes á doblegar la voluntad de la hermosa hija del Conde del Castillo.—No había nacido para el claustro.

En cambio, reunía todos los atractivos que pueden incitar á los goces del mundo—y que cuando se poseen es imposible que se oculten y no se impongan á la perspicacia de una mujer. Esbelta, flexible, la fuerza de la vida se revelaba en la tersura del cútis, en el color sonrosado de las mejillas, en el rojo de los labios, y sobre todo, en dos grandes ojos, brillantes y húmedos de ternura.

El conde no se equivocaba. Leda y el hijo de su amigo, se amaron porque se vieron, que hay miradas que hablan y prometen y juran.

Cuando obtuvo esa certeza comenzó á incubar y á desarrollar un propósito lúgubre como todos los que producía su lúgubre imaginación; propósito que al mismo tiempo que le aseguraba el triunfo de su voluntad, impidiendo que Leda se entregara al mundo y mucho menos en poder de un hombre sospechado por él de herejía, por el solo hecho de haber visto la luz en un País de herejes, halagaba y estimulaba su espíritu aventurero sobreexitado, de largo tiempo atrás, por su propia naturaleza y por el ejemplo de sus compatriotas.

Volvióse, si cabía, más taciturno y solitario, y referían sus pajes, que pasaba las noches desvelado, paseando acompasadamente el silencioso y obscuro salón, cementerio de recuerdos, que ostentaba los retratos de sus antepasados y que nadie, excepto él, frecuentaba.

Por fin llegó al término de aquellas sombrías meditaciones, anunciando su inquebrantable resolución de dirijirse á las extremidades de América.

Para Leda el golpe hubiera sido fatal; pero heredaba en parte la fortaleza de ánimo de su padre y estaba resuelta á cumplir su voluntad en silencio, siempre que obtuviese una promesa y un juramento. No le fué difícil conseguirlo, y á la Fe y al significado de dos palabras confió todas las esperanzas de su vida -«Yo te seguiré»—la habían dicho.

El conde se entregó de lleno à la realización de su empresa.—Gracias á su poderosa fortuna, á la protección de la Corte que no olvidaba su fanatismo, su valor y su crueldad y tenía alto interés político en fomentar esta clase de aventuras, no tardó en equipar una flota con todas las previsiones que podía aconsejar la experiencia. Embarcó en sus carabelas víveres para mucho tiempo, semillas de toda especie, aves y animales domésticos, artífices de variados oficios y sobre todo, armas, municiones y soldados audaces y de reconocido valor.

De la rada de Càdiz mandó Leda con los ojos llenos de lágrimas un ¡adiós! á su tierra natal y á un nombre que pronunció en silencio.

Larga y penosa fué la navegación pero al término de algunos meses la fiotilla del Conde del Castillo llegaba á la embocadura del Río de la Plata y remontaba, impulsada por un fresco y persistente viento del Oeste, el Río en que estamos hasta fondear enfrente de esas barrancas.

Allí encontró el Conde los elementos para la construcción que proyectaba y levantó el castillo cuyas ruinas Vd. contempla.

Y aquí el barquero suspendió por un momento su relato.

La luna resplandecía en un cielo sereno y despejado, iluminando el Río que se deslizaba pesadamente como una masa líquida de brillante plata.

Salto, septiembre 1899.

CAMILO WILLIAMS

(Concluirá).

MARIPOSAS

A la memoria de Manuel Gutiérrez Nájera.

Ya no vuela en el cielo de mi vida
La deslumbrante mariposa blanca,
La mariposa blanca del ensueño,
Del amor y las nupcias de las almas,
Del sueño de los niños y las vírgenes,
Del palacio flotante de las hadas!
Ya no vuela en el cielo de mi vida
La mariposa azul de azules alas,
Luz que á la tierra nos envía el astro,
La mariposa azul de la esperanza,
Del numen, del poder y de la gloria,
De la ambición y los anhelos de Atlas!...
¿Qué es la vida sin esas mariposas?
¿Qué es la vida sin sueños ni esperanzas?

—

La que como princesa ideal se viste
Con magnífico brial de rosas blancas,
La de alba clámide, impoluta y buena,
Que con lirios las almas enguirnalda,
La que con tenue voz al oído cuenta
Consejos de lejanos reinos de hadas,
La que prende en el alma los ensueños
Como un velo á la casta desposada,
La que á Jesús burila en cada pecho
Y pone miel del Hibla en las palabras,
La que los sueños blancos de la cuna
Vela siempre posada entre las gasas,
La que allá en los balcones de Julieta
Trémula va ascendiendo por la escala,
La buena, dulce y casta, ya no existe,
Como níveo azahar, murió agostada!

—

La que se viste de zafíreo traje
Y riega luces al mover su cauda,
La que tiene de Venus florentina
Las líneas inmortales y la gracia,
La que arroja en las almas la simiente
De impulsos grandes é infinitas ansias,
La que en las nobles justas de la vida
Nos brinda amante la égida de Palas,
La que en espléndida murrina copa
El vino de la gloria nos escancia,
La que besa la frente del poeta
Y surge musical la estrofa alada,
La que voltea en torno del soldado
Y le grita ¡valor! en la batalla,
La del poder, del numen y la gloria....
Moribunda también plegó sus alas!
Sólo queda en el cielo de mi vida
La mariposa negra, la enlutada,
La que se acerca cuando muere el día
A rozarnos la frente con sus alas,
La que predice ruinas y exterminio
Y conduce el espíritu al Nirvana,
La que entona dolientes de-profundis
Crespones exhibiendo á la mirada,
La que en negro tambor á la sordina
Redobla adusta, música macabra,
La que rompiendo brumas insondables
Las playas del Mar Muerto nos señala,
La que un toque de muerte clarinea
Atisbando en las sombras de la estancia

EDUARDO D. FORTEZA.

Buenos Aires 1899.

EL ESTÍO

DIVAGANDO

Bien venida sea la estación del crepúsculo de manto de escarlata y de las breves noches de color azul!

Chispean por doquiera los rayos del Sol; una alfombra amarilla cubre los caminos, en cuyas cercas se cimbran las flores de púrpura y duermen en quietud las hojas de esmeralda

En el palmar hay nidos; orquestas con alas en los sauces llorones y serenatas nocturnas en el viejo ombú.

La espuma del arroyo se riza suavemente cuando nace el día, y el agua se despoja de sus encajes, volviéndose una tersa superficie de acero en las vagorosas somnolencias de la siesta, cuando todo es quietud en el llano y en el monte; cuando sueñan las palomas en el laurel y las avispas en el trigal.

Busca el gorrión el néctar, el colibrí celebra sus nupcias en la alcoba de nácar del lirio silvestre; pasan las mariposas,, moviendo sus alitas de tul de colores para besar el semblante cerúleo de la flor del romero; hay sones de guitarra cerca

del rancho y rondas de golondrinas cerca del cielo!

¡Qué noches deliciosas estas noches de plata! Su inmensidad parece más grande y más azul! El aire viene lleno de perfumes lejanos y de himnos salomónicos; las cintas estelares de la constelación son una nevazón tenuísima de luz! En el alma se siente una molicie dulce; el doloroso ensueño, la incurable nostalgia de las penas no tiene fuerza para volar y hacernos sufrir!

¡Qué noches deliciosas estas noches de plata! Basta un rincón de sombra y de frescura para olvidar el mundo.

Salud al estío! salud al noble rey que sobre todo esparce su mantel de oro y todo lo aletarga con sus enrojecidos tules de luz, desde el reptil dormido en la candente arena hasta la idea dormida en la oscura crisálida de la celdilla gris!

El calor! el estío! la alegría de la espuma plateada que besa el pié pequeño de la bañista airosa sobre la fina arena de la playa! ¡la alegría del... ¡la alegría del nido!

El calor! el estío! Vienen con él la dicha del olvido y el hachich milagroso de la ilusión!

Salto, Octubre 1899.

ALFREDO LAGOS.

Charrúas y pampas

Puesto que esta «Revista» ve la luz en una bella cuanto altiva ciudad que en otro tiempo fué campamento del fiero charrúa y en cuyo suelo sólemos tropezar con vestigios de su azarosa existencia, no parecerá inoportuno decir algo de él. Su suerte fué semejante á la del pampa y el araucano. La manera de vida y costumbres de uno y de otros, muy semejantes.

Los araucanos, los pampas y los charrúas formaban en el continente americano la poderosa retaguardia de innumerable ejército. La vanguardia estaba en las Antillas. Araucanos, pampas y charrúas acampaban en las regiones australes del Nuevo Mundo. Los primeros, al occidente de los Andes, en la costa del mar Pacífico Los pampas y los charrúas en las márgenes del opuesto río de la Plata, custodiando á la vez por el lado del este la espaciosa entrada de las regiones que baña. Las fuerzas de la naturaleza, como poseídas de un instinto guerrero, parecían conjurarse con los indios para combatir y repeler á las nuevas gentes. El mar inmenso, los ríos como mares, las montañas altísimas que se elevan hasta la región de las nieves, las monótonas, áridas é interminables llanuras, las pampas sin agua ó con agua salada: esas eran las soñadas paradisíacas tierras que ahora iban á visitar los españoles. El impetuoso pampero, cual genio salvaje de la Pampa, concurría con sus estragos á la desesperada empresa de impedir el acceso de naves cristianas en las costas vírgenes del río de la Plata. Encimado como un cóndor en las cordilleras de los Andes, desde cuyas eminentes cumbres parecía acecharlas invisibles, salíales al encuentro con la velocidad del relámpago, embistiéndolas enfurecido, desbaratándolas y sepultándolas hechas pedazos, en las aguas del Océano. (1).

Las regiones del Río de la Plata han sido el infierno de los cristianos, y los pampas y charrúas los feroces cancerberos que custodiaban su entrada fatal. El que allí entraba, allí, con rarísimas excepciones, dejaba sus huesos, batallando á la continua con la naturaleza y con los hombres, entre los dolores del martirio, las angustias del hambre y el desconsuelo de la nostalgia.

---

(1) El pampero sopla del oeste. De manera que las naves que vienen de Europa, le reciben de proa al entrar en el río de la Plata.

Charrúas, pampas y araucanos pelearon con encarnizamiento durante la conquista, despues de ella á tiempos, y últimamente casi sin intermisión. Terminó la guerra con su exterminio, al cabo de tres bien largas centurias. Charrúas y pampas pareciéronse mucho antes y después de la conquista, por sus cualidades, costumbres y usos. Unos y otros eran indomables y feroces. Unos y otros usaron como armas é instrumentos de caza las bolas que hacían ellos mismos, raspando las piedras, despues de reblandecidas (dicen antiguas gentes) con agua y cierta hierba. Al principio andaban desnudos, luego con un simple taparrabo, y á la postre con chiripá: el más aviado, con un poncho burdo, ú otro informe abrigo. Comian media cruda su preferida carne de yegua, untándola en repugnante y pestífero aceite de potro ó de «ñandú». Tomaban el mate en «guampa» ó en calabacino, sorbiéndolo con ó sin bombilla y masticando después la yerba. Codiciaban el aguardiente (1) y el tabaco, que fumaban ó mascaban. Pequeños y negros los ojos, siempre airados, que, ora los fijasen amenazadores, ora los revolviesen con desconfianza ó disimulo, fulminaban terribles miradas, á manera de rayos ó flechazos de fuego. Larga y suelta cabellera, sujeta en torno de la cabeza por ancha bincha, les comunicaba mayor arrogancia. Usaban, además de las bolas, lanza y flechas, cuchillos, lazo de un ramal lonjeado y torcido. Bota de potro, espuelas y estribos de palo, eran lujo para ellos.

Azara niega que los charrúas usasen bolas (2). Pero este es un juicio extraño del sabio historiador; pues usáronlas siempre, como consta positivamente por testimonios de antiguas relaciones, por tradición, por las muchas piedras sin retobar que aun se encuentran en el suelo y por las que ofrecen vestigios de pertenecer á una época anterior á la conquista, debajo de tierra, y á par con otros objetos prehistóricos.

Los charrúas generalmente andaban desnudos, con bincha de plumas, taparrabos también de plumas y sobre los tobillos un cerco de lo mismo. No se desprendian de la flecha de hueso aserrado (los dientes para atrás). Las bolas de un solo ramal iban sujetas á una vena del pescuezo ó de la pierna de potro ó vaca. Antes de la conquista empleaban la vena del venado. Los pampas, la del guanaco. Tan luego como, poblado por los españoles el Nuevo Mundo, lograron apoderarse del caballo, convirtiéronse en hipógrifos: ni los persas ni los iberos, fueron más ginetes. Montaban en pelo. Las mujeres andaban á caballo como los hombres, es decir, á horcajadas. Iban á caballo tiviano, señaladamente cuando emprendian una maloca, á lo sumo, con un pellón ó cojinillo y breve cincha. Tendidos á un costado de la cabalgadura para ocultarse, apoyaban el pié izquierdo en la cincha, el derecho en el lomo, y se afianzaban de la crin. A fin de aparentar mejor que el caballo no conducia ginete, en lugar de freno le ponian bocado, ó sea una simple «guásca» en la quijada, y aun cabalgaban sin riendas, que no las necesitaban para regir adiestrado potro obediente á sus palmadas y en cuya cola se ovillaban. Desmesuradamente larga era su lanza, la que al cerrar contra el enemigo, hacian vibrar con suma rapidez, para que el círculo de plumas de avestruz de que la revestian asustase con su sacudimiento á los caballos del cristiano, no acostumbrados á semejan-

(1) Aludiendo á los pampas, dice Zeballos que entre los hijos de los caciques heredaba el mando el más valiente, criminal y borracho: «La familia reinante de caciques se cree destinada por Dios para regir los destinos de un pueblo; pero no es el mayor de los varones sino el más valiente, el más criminal, el más borracho.» *(La Conquista de Quince mil leguas.)*

(2) *Descripción é Historia del Paraguay y Rio de la Plata.*

te aparato.

El pampa solía llevar la lanza arrastrando en los guadalosos terrenos de sus correrías, á fin de ocultarla, y aun sin ese objeto, por lo que se conservaba muy filosa.

Cuando las tropas regulares hacían alto, los indios remolineaban á la distancia y tendiendo despues su línea en forma de media luna, simulaban una carga, que acompañaban con aquel estrepitoso alarido aterrador, característico del salvaje: "yayayayaya yayayayayáaaa!" que hacía temblar, como azogados, á las mismas cabalgaduras. Pero si un escuadron los atacaba, se abrían y se dispersaban. Alanceados por la espalda, se abrazaban del pezcuezo del caballo y soportaban en su huida, con admirable resistencia, los sablazos y estocadas que les asestaban, sin desprenderse de él y espirando á veces en esa posición despedazados. Charrúas y pampas tenían sus adivinos, disputados por la tribu, que los consultaban en casos graves. Muerto un indio de pelea, (que lo eran todos), menos la chusma (inválidos mujeres y niños), mataban sobre la sepultura su corcel de batalla. Colocábanle mirando al occidente, como si se propusieran simbolizar el movimiento de la vida en la dirección aparentemente seguida por el padre de la luz en su curso majestuoso y solemne.

DANIEL GRANADA.

Salto, Octubre 1899

PENSAMIENTO

—

Vosotros los que esperáis con ansia la hora de una cita; los que contáis impacientes los golpes del reloj lejano, sin ver llegar á la mujer amada; vosotros que confundís los rumores del viento con el leve crujido de la falda de seda, y sentís palpitar apresurado el corazón, primero de gozo y luego de rabia, al escuchar el eco distante de los pasos del transeunte nocturno, que se acerca poco á poco, y al fin aparece tras la esquina, y cruza la calle, y sigue indiferente su camino; vosotros que habéis calculado mil veces la distancia que media entre la casa y el sitio en que la aguardáis, y el tiempo que tardara si ya ha salido, ó si va á salir, ó si aún se está prendiendo el último adorno para pareceros más hermosa; vosotros que habéis sentido las angustias, las esperanzas y las decepciones de esas crisis nerviosas, cuyas horas no pueden contarse como parte de la vida; vosotros solos comprenderéis la febril excitación en que vivo yo, que he pasado los años más hermosos de mi existencia, aguardando una mujer que no llega nunca.....

¿Dónde me ha dado esa cita misteriosa? No lo sé. Acaso en el cielo, en otra vida anterior á la que sólo me liga ese confuso recuerdo.

Pero yo la he esperado y la espero aún, trémulo de emoción y de impaciencia. Mil mujeres pasan al lado mío; pasan unas altas y pálidas, otras morenas y ardientes; aquéllas con un suspiro, éstas con una carcajada alegre; y todas con promesas de ternura y melancolías infinitas, de placeres y de pasión sin límites. Este es su talle, aquéllos son sus ojos, y aquél el eco de su voz, semejante á una música. Pero mi alma, que es la que guarda de ella una remota memoria, se acerca á su alma... ¡y no la conoce!....

Así pasan los años, y me encuentran y me dejan sentado al borde del camino de la vida...¡siempre esperando!...

Tal vez, viejo á la orilla del sepulcro, veré, con turbios ojos, cruzar aquella mujer tan deseada, para morir como he vivido....¡esperando y desesperado!....

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER.

SOCIALES

—

CONTINUACIÓN.

do florecía; y cuando concluido el baile, paseaba de nuevo, su cuerpecito temblaba, como una confesión de amor.

Se fué, y nos pasamos mucho tiempo ensimismados, recordándola como la caricia de un día.

Desde entonces la hemos llamado en una fervorosa plegaria. Nada nos decíamos cuando estábamos reunidos, á pesar de que todos pensábamos en lo mismo. Pero cuando nos separábamos, sentíamos una angustia tan intensa, tal desesperación nos acongojaba, que todos nuestros cantos, todos nuestros fervores iban á ella, á la niña querida.

Pero la niña mimosa y consentida no volvió, y continuamos amándola en silencio, sin decirnos nada, melancolizados por su inseparable memoria.